

HOMILIA EN LA EUCARISTÍA DE POSESIÓN COMO PROVINCIAL
P. CARLOS EDUARDO CORREA, S.J.
30 de Septiembre de 2014

Acabamos de escuchar unas hermosas lecturas donde se nos manifiesta la forma concreta como Dios actúa en cada persona, moviendo su corazón para salir de sí y para ponerse al servicio de los demás. En estas lecturas se revela plenamente el sentido de la vida y la misión de Jesucristo, de San Pedro Claver (Patrono de la Provincia Colombiana de la Compañía de Jesús) y de todos los que hemos sido llamados por Dios para trabajar por alcanzar una vida plena para toda la humanidad.

El Señor ha puesto su Espíritu en nuestros corazones para que, dejándonos llevar por Él, podamos anunciar también hoy la buena nueva a los pobres, la libertad a los oprimidos y la vista a los ciegos. Esta es la principal misión que hemos recibido del Señor y el principal encargo que queremos llevar adelante, como Cuerpo Apostólico jesuita en nuestro país.

Desde mi propia experiencia personal, el Buen Dios me ha venido trayendo por caminos insospechados durante toda mi vida. Cuando era joven y estudiaba en el Colegio San Ignacio en Medellín, soñé muchos años con ser Ingeniero Civil; pero el Señor movió mi corazón para que fuera jesuita. Recién ordenado, Dios me llevó a trabajar en Barrancabermeja, en medio de comunidades muy pobres, que sufrían los embates de la guerra y la exclusión; allí el Señor me acercó a los más pobres y me permitió amarlos y acompañarlos en sus alegrías y tristezas, en sus esperanzas y angustias. Más adelante Dios me llevó a Cartagena, donde pude trabajar alegremente con comunidades afrocolombianas y aprender a reconocer la gran riqueza de su cultura y de su forma de estar en este mundo. Luego, Dios me cambió la perspectiva de trabajo pastoral directo y me pidió que me vinculara a acompañar los procesos de formación de mis hermanos jesuitas más jóvenes; como Asistente de Formación y como Superior del Teologado pude ser testigo de todo lo que el Señor iba haciendo en cada uno de estos jesuitas y cómo los iba disponiendo para que fueran su presencia de amor en este mundo. Después, el Buen Dios me llevó a trabajar como Asistente de Sociopastoral; allí conocí más de cerca todo el trabajo de servicio a los más pobres, a los desplazados por la violencia, a los campesinos que participan en luchas concretas por un desarrollo justo y una paz duradera, a los hombres y mujeres a los que se les han violado todos sus derechos. Y allí también el Señor se me fue manifestando y llamando para que fuera servidor de lo que Él venía haciendo en todos ellos. En el último período de tiempo, Dios me condujo por los caminos de la educación: me llamó para que fuera Rector de un Colegio, el San Bartolomé la Merced de Bogotá. En esta misión pude gustar y sentir internamente que la formación integral de niños y jóvenes es un elemento fundamental para la construcción de una sociedad justa, equitativa y en paz.

Todo este recorrido, a través de los diferentes trabajos como jesuita, manifiesta que Dios ha sido creativo para irme moviendo de un lado a otro y para irme formando en las diversas dimensiones de nuestro trabajo como jesuita. Siempre le he pedido que pueda hacer su Voluntad y que sólo su amor y gracia me basten. Hoy puedo decirles que, al igual que sucedió con San Ignacio, Dios me ha venido enseñando y formando como lo hace un maestro de escuela con sus estudiantes. En todo lo que he vivido, no puedo

más que reconocer que Dios me ha colmado de beneficios y bendiciones, que ha habitado en mi vida y que ha venido trabajando en mí, constituyéndome en servidor de la misión de Jesucristo, como un instrumento en sus manos; y que todo esto ha sido para que se manifieste su gran amor y compasión por la humanidad. Por esto doy inmensas gracias a Dios y los invito para que hoy agradezcamos juntos por tanto bien recibido.

Ahora, cuando el Buen Dios me llama para que sea Provincial de los jesuitas en Colombia, sí que experimento que me sigue llevando por caminos insospechados para mí. Pero de nuevo, vuelvo a confiar en que con toda seguridad me irá enseñando y dando la sabiduría para que pueda cumplir esta nueva misión. Tengo que confesarles que me reconozco como un hombre muy común y corriente, lleno de debilidades y fragilidades, pero fortalecido siempre por Dios. Él me ha hecho su compañero de vida y trabajo y Él me ha ido consolando y animando en cada momento de mi servicio como jesuita, enseñándome a vivir lleno de amor y de alegría. Por eso confío plenamente en que Dios seguirá haciendo conmigo un hermoso trabajo, para el servicio de su Reino. Hoy les ofrezco mi inmenso cariño por cada uno de ustedes y por las obras que estamos llevando adelante en este país; también les ofrezco mi cercanía y disponibilidad, mi entrega y mi servicio. Les ruego que me ayuden con su oración y con su testimonio de vida, para que yo pueda ejercer esta nueva misión con todo el amor y la entrega al servicio de mis hermanos jesuitas, de los laicos de todas nuestras obras y de la sociedad colombiana.

Quiero invitarlos para que continuemos constituyéndonos como un Cuerpo Apostólico que manifiesta el profundo amor de Dios por la humanidad y que, por lo tanto, se lanza a la misión con renovadas energías. Nunca perdamos de vista nuestra identidad como Compañeros de Jesús: Tengamos nuestros ojos siempre fijos en Jesucristo, porque Él es el sentido y la fuerza de nuestras vidas. Conocerlo, amarlo y seguirlo, siempre nos permitirá estar configurados con Él, para ser la presencia y la acción misma de Dios en todos los rincones de este mundo. Jesucristo es el fuego del amor de Dios que nos enciende como otros fuegos que alumbran y calientan a los demás. Que nuestro fuego siga encendiendo otros fuegos, para que más hombres y mujeres conozcan cuál es el camino, la verdad y la vida para ellos. Para vivir esto, continuemos cimentados en la profunda espiritualidad que San Ignacio nos regaló en la experiencia de los Ejercicios Espirituales; sólo viviendo en el Espíritu podremos reconocernos verdaderos hijos de Dios, hombres y mujeres que, siendo pecadores, hemos sido llamados a anunciar la buena nueva del amor de Dios y a construir una sociedad justa, equitativa, en paz y cuidadosa del medio ambiente.

Tampoco perdamos de vista la misión para la que hemos sido llamados como Cuerpo Apostólico:

- El servicio de la Fe: manifestando a los demás la buena nueva de Jesucristo y su Reino.
- La promoción de la Justicia: construyendo una sociedad donde nadie se siente excluido o violentado.
- La reconciliación: estableciendo relaciones justas con Dios, de unos con otros y con la creación.
- El diálogo con otras culturas y religiones: que nos lleve a crecer en fraternidad y a trabajar juntos en todo lo que conviene para la humanidad.

- La colaboración: con todos los que, movidos por Dios o por su buena voluntad, se comprometen en trabajar por una vida plena para todos.

Esta misión, que hace parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, nos exige un profundo compromiso de seguir yendo a las Fronteras, “siendo puentes en medio de las divisiones de un mundo fragmentado” (CG 35, D 3, N° 17). En los últimos años hemos vivido este compromiso, como Provincia, dentro de un importante proceso de trabajo Regional. Esta perspectiva nos ha ayudado para abrir los “límites” de cada una de nuestras Obras Apostólicas y para mantenernos en estado permanente de discernimiento espiritual y apostólico, respondiendo siempre a las preguntas: ¿Qué está haciendo Dios en esta Región? Y ¿Cómo podemos ser concretamente servidores de su misión? Hemos generado importantes sinergias que nos han permitido ampliar nuestro horizonte apostólico y nos han ayudado a conocernos más entre todas las obras y personas que habitamos cada región, y a generar proyectos de trabajo que nos permiten transformar situaciones de injusticia, inequidad, violencia, exclusión y pérdida del sentido de la vida. Este proceso de regionalización lo debemos continuar con mayor vigor, ya que se convierte en un verdadero camino para hacer la voluntad de Dios. Desde esta perspectiva, los animo para que cada uno de nosotros aporte lo mejor se sí, viviendo plenamente el llamado que el Buen Dios nos sigue haciendo.

Quiero también invitarlos para que nuestro trabajo apostólico siga creciendo en personas y en obras apostólicas comprometidas con nuestra misión. En este año, en que celebramos los 200 años de la Restauración de la Compañía de Jesús, tenemos que volver a gustar y sentir internamente la manera como Dios motivó y vinculó a tantas personas, en aquella época, para que creciéramos en el número de instituciones que sirvieran al mundo entero desde la perspectiva del Evangelio. Es cierto que hoy el número de jesuitas ha venido disminuyendo, pero también es cierto que el número de laicos comprometidos, como parte del Cuerpo Apostólico, ha ido creciendo. Tenemos que mantener un gran optimismo en que podemos aumentar nuestro servicio concreto a Dios en nuestra sociedad. Un claro ejemplo de que eso sí se puede, ha sido la decisión de asumir, en los 3 últimos años, unos 20 “colegios en concesión” por parte de la Provincia colombiana, en un trabajo mancomunado entre Fe y Alegría y los colegios de ACODESI. También el crecimiento de los servicios de formación e investigación, por parte de la Universidad Javeriana, nos permite reconocer que la luz que hemos recibido y mantenido encendida tiene que alumbrar a muchas más personas y organizaciones.

Tenemos que seguir promoviendo, con renovado esfuerzo, el crecimiento del número de jesuitas para nuestra Provincia; pero, al mismo tiempo, tenemos que seguir fortaleciendo el Cuerpo Apostólico conformado por todos los jesuitas, los laicos y los hombres y mujeres de buena voluntad que quieran seguir este llamado de Dios para ser hoy un fuego que enciende otros fuegos. Animémonos a seguir ofreciendo programas de formación integral para jesuitas y laicos, donde la vivencia de los Ejercicios Espirituales sea el eje de dicha formación; preparémonos con seriedad y profundidad para responder a los desafíos y retos de nuestra sociedad; hagamos planeación de nuestro trabajo desde la perspectiva del discernimiento apostólico común; y sigamos soñando con llegar a más personas y organizaciones de nuestra sociedad.

Los invito, de una manera muy especial, a que nos comprometamos en la construcción de una paz estable y duradera en nuestro país. Tenemos herramientas muy útiles para contribuir con los procesos de reconciliación y perdón que conviene que vivamos como

colombianos. Apostémosle a la resolución no violenta de los conflictos, a la valoración y el reconocimiento de la dignidad de cada habitante de nuestro país. Sólo desde la grandeza de experimentarnos como hijos de Dios y hermanos entre nosotros, podremos acompañar los dolores y las luchas de tantos hombres y mujeres que necesitan una vida nueva, reconciliados en el amor.

Quiero también agradecer muy especialmente todo el servicio que nuestro querido Pacho de Roux, S.J., junto con todo su equipo de trabajo, nos ha prestado como Provincial en los últimos 6 años. Su entrega generosa y valiente, su testimonio de vida en el espíritu y su forma de contribuir con las soluciones a los grandes problemas de nuestro país, han sido motivo de crecimiento para todos nosotros. El buen Dios, que conoce de cerca todos tus esfuerzos y luchas, te siga fortaleciendo en el amor y te conceda la gracia de seguir aportando significativamente en la construcción de una mejor sociedad.

No puedo terminar sin decirles a todos ustedes que su compañía, su cariño y apoyo son muy importantes para mí. La presencia de mi hermosa familia, la cercanía de todos mis compañeros jesuitas y el afecto de todos los laicos y laicas que hacen parte de este cuerpo apostólico, me animan para que mi entrega y servicio sean generosos. Muchas gracias por todas las manifestaciones de amor que he recibido en este tiempo; muchas gracias por expresarme su solidaridad y ofrecerme sus oraciones. Unidos en el amor de Dios, revelado en Jesucristo, podremos hacer lo que más conviene para que nuestra sociedad viva reconciliada y goce de una vida plena para todos.

Por último, deseo expresarles algo que en estos días ha pasado muchas veces por mi corazón y que me ha ayudado mucho para asumir este nuevo servicio con gran disponibilidad. Se trata de una afirmación que trae Tony de Mello, S.J., en su libro titulado “El Canto del Pájaro”:

“Amar a Dios con todo el corazón significa decir un “Sí” incondicional a la vida y a todo lo que la vida trae consigo. Aceptar sin reservas todo lo que Dios ha dispuesto con relación a la propia vida. Tener la actitud que tenía Jesús cuando dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. Amar a Dios con todo el corazón significa hacer propias las célebres palabras del Místico:

**“Por todo lo que ha sido, gracias.
A todo lo que ha de ser, sí.”**